

Hacia un neoaislacionismo

Joaquín Ferrandois

En 1941, poco antes del ingreso de Estados Unidos a la guerra, Henry R. Luce, el fundador de Time, plasmó en palabras memorables lo que se ha considerado la idea que tenían los norteamericanos sobre sí mismos y de su misión en el mundo en el siglo XX, “the American Century”:

“Existe un internacionalismo americano. América ya es la capital del mundo en lo intelectual, en lo científico y en lo artístico. Mientras América ingresa dinámicamente a la escena mundial, tenemos que proyectar una visión de América que sea auténticamente americana y que nos pueda inspirar para vivir, trabajar y luchar con vigor y entusiasmo. (...) Ahora llega el tiempo en que seremos la central eléctrica desde la cual se expandirán por todo el mundo los ideales (norteamericanos), y harán su labor misteriosa de elevar la vida de la humanidad desde el nivel de las bestias, hasta lo que el salmista llamó como algo menos elevado que los ángeles”¹.

No habría ni que añadir que por “americano”, Luce entendía “norteamericano”. Y dentro de sus virtudes que había que convertir en misión, añadía la de “buen samaritano” en todo el mundo. Las palabras de Luce resumieron lo grande, lo ingenuo y lo borroso que tiene la aproximación de Estados Unidos al mundo.

Lejos de promover lo que la visión vulgar impugna como el “imperialismo”, Luce quería mover a los norteamericanos a desempeñar un papel en la guerra. Representa el polo “internacionalista” en la tradición norteamericana, que entiende que los intereses de largo plazo de Estados Unidos requieren que se trabaje en concertación con otras potencias, sobre todo las europeas, o que convergen con el “modelo occidental”. A ella se enfrenta la otra opción, la “aislacionista”, que sostiene que Estados Unidos sólo debe velar por sus intereses, definidos de manera relativamente estrecha. No siempre son dos tipos de políticas nítidamente diferentes; son dos almas que combaten por el mismo cuerpo y que tienden a fundirse.

¹ Cit. en James Guest, ed. *The American Century from Afar*, The Boston, Melbourne, Oxford Conversazioni on culture and Society and The Vice-Chancellor’s Lecture, 1999; p. IX.

LOS ESTADOS UNIDOS EN LA HISTORIA

Estados Unidos ha sido la sociedad más inclusiva de la historia moderna al momento de acoger al inmigrante (quizás, la más inclusiva de toda la historia). El país, junto con algunas partes de Europa occidental, es el corazón que proporciona las ideas y sensibilidades culturales que se debaten en el mundo. Olvida a sus amigos, olvida a sus enemigos con bastante rapidez, lo que es bueno y malo a la vez. Su desempeño en el siglo XX, en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra Fría, impidió el triunfo de las fórmulas totalitarias. Su inmenso poder después de 1989 no tiene contrapeso, *en cuanto* superpotencia. Sin embargo, a pesar de toda la retórica superficial acerca de “los amos del mundo”, Estados Unidos no domina al mundo, ni puede aislarse de él, y se tambalea entre las opciones de ejercer un liderazgo, que a veces se parece al impulso hegemónico (“mandar sobre los demás”), y el recogimiento dentro de sí mismo².

Estados Unidos oscila entre ejercer un liderazgo y recogerse dentro de sí mismo.

Estados Unidos es fuerte cuando se forma la síntesis entre voluntad política y consenso interno, y una aceptación internacional. En estos casos, como en la Guerra del Golfo o en Afganistán en 2001, es

irresistible, al menos en el primer empuje. Es débil en cambio en una virtud de toda potencia dirigente, en la paciencia del trabajo de concertación, y en la comprensión de los intereses de otros países y culturas.

En Estados Unidos, el lenguaje político está imbuido de un tono moral (y moralista), que puede otorgarle una fuerza insospechada, a veces ciega, a sus acciones de política exterior. Parte de estos impulsos son también los desencantos con sus propias decisiones, que se transmutan en críticas amargas, como después de la Primera Guerra Mundial o, más conocido y recordado hoy en día, Vietnam. Estados Unidos es la única sociedad moderna y democrática en la cual está viva la vinculación estrecha entre política y religión, y no es extraño que tanto los impulsos como las críticas reciban estas tonalidades de salvación o condena espiritual³.

Más importante, lo que podría llamarse cultura norteamericana es introvertida, en el sentido de que su historia hizo del país una sociedad volcada hacia el interior, un interior vasto y diverso, pero interior al fin y al cabo para entender al mundo. Ésta es la más profunda raíz del aislacionismo, que es definir la intervención en el mundo de acuerdo con temas locales, o que puedan traducirse al lenguaje local de “Main Street”. Woodrow Wilson encalló definitivamente en estas aguas procelosas, y a su fracaso se debe una de las causas “estructurales” de la Segunda Guerra Mundial. En cambio,

² Henry A. Kissinger, *Diplomacy*, New York, Simon & Schuster, 1994; p. 19.

³ Entrevista con Kenneth Wald, *Sociedad y valores estadounidenses*, Vol. 2, 1 de marzo de 1997 (publicación electrónica).

hubo voces que pudieron efectuar la traducción, entre el lenguaje universal necesario, y la necesidad que se escurriera por la malla de la política interna y local de Kansas City, entre ellos Franklin. D. Roosevelt, John F. Kennedy y Richard Nixon.

Después de la Guerra Fría, hemos visto un movimiento hacia el aislacionismo. Estados Unidos no sabe cómo establecer una política exterior de largo plazo, con desafíos más intangibles que los que tuvo en las décadas anteriores; le ha sido difícil establecer una presencia “concertada” de largo plazo. A la vez, se dan las respuestas dramáticas, salidas de sucesos extraordinarios, como la invasión de Kuwait en 1990 o el ataque terrorista de 2001. Muchos dirían: ¿no sería mejor un mundo sin intervenciones, vinculado por las relaciones económicas espontáneas, el mercado global, intermediado por las Naciones Unidas?

Aparte de que las grandes potencias son como un hecho inamovible de la historia, el juicio que las condena parte del supuesto deliciosamente infantil de que los pequeños son “buenos” y los grandes “malos”. Una mirada al mundo circundante debería reconocer este hecho simple. Si las grandes potencias pertenecen aquello que llamamos “gran civilización”, y Estados Unidos ciertamente es parte de Occidente, entonces son los mejores agentes para establecer un orden internacional relativamente aceptable. Mejor, si hay relativo equilibrio de poder entre ellas. El

problema es que el otro polo del mundo, la Unión Europea, ha probado exitosamente tener capacidad y originalidad para cooperar cada vez más intensamente dentro de ella, pero ha demostrado ser impotente para proyectar poder en regiones críticas. La guerra en la ex Yugoslavia es un ejemplo impresionante de esta impotencia. Para los acuerdos de Dayton en 1995, y para Kosovo en 1999, tuvieron que llamar a Estados Unidos como batería de disuasión⁴.

Se condena a las potencias partiendo del supuesto de que los pequeños son “buenos” y los grandes “malos”.

En cuanto al automatismo del mercado, la unificación tecno-económica del mundo no lleva consigo la unificación de las culturas económicas, al menos no en un grado homogéneo; ni lleva consigo la creación de la comunidad política universal sin fronteras. El mundo sigue dividido entre Estados, aunque las funciones del Estado experimentan grandes transformaciones, sobre todo en el plano internacional. *The Economist* lo ha afirmado esclarecedoramente:

“La dificultad suprema de nuestra generación (...) es que nuestros logros en el plano económico de la vida han dejado atrás nuestro progreso en el plano político al punto que la economía y la política están perpetuamente desfasadas. En el plano económico, el mundo se ha

⁴ Sobre la relación de Estados Unidos con Europa, dos visiones, en Robert Kagan, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, Madrid, Taurus, 2003; y Andrew Moravcsik, “Striking a New Transatlantic Bargain”, *Foreign Affairs*, 82, 4, julio-agosto 2003.

organizado en una unidad de actividad única y globalizadora. En el plano político, no sólo ha permanecido dividido en sesenta o setenta Estados nacionales soberanos, sino que las unidades nacionales se han hecho cada vez más pequeñas y más numerosas y las conciencias nacionales más agudas. La tensión entre esas dos tendencias antitéticas ha estado produciendo una serie de sacudidas, choques y rupturas en la vida social de la humanidad”⁵.

¡Sólo que decía esto el 11 de octubre de 1930! ¿No se podría decir lo mismo de comienzos del siglo XXI? Quizás, porque se trata de una tendencia histórica de largo plazo.

Como sociedad política, Estados Unidos se desplaza hacia un neoaislacionismo.

El peligro que nos ha mostrado la crisis de Irak –además del aire de prepotencia y el peligro que el empantanamiento enardezca a fuerzas incontrolables– es que Estados Unidos como sociedad política se está desplazando hacia un neoaislacionismo. Define sus intereses internacionales en sentido muy estrecho, y desdén una concertación internacional más lenta, irritante y trabajosa, pero la única que se aviene, a largo plazo, a la estructura del sistema internacional y del carácter final de la sociedad moderna. Esto se hizo presente en la administración Clinton,

pero adquirió una voz más autoconsciente en los años de Bush. Parecía que el 11 de septiembre cambiaría las cosas, pero el desenlace del origen de la guerra de Irak parece mostrar una tendencia poderosa.

LAS CAUSAS PROBABLES DE LA GUERRA ACTUAL

¿Cuál ha sido el supuesto sobre el cual se ha montado esta operación? Es difícil establecerlo con cierta seguridad en la maraña de argumentos de defensa y de críticas que han llovido sobre los norteamericanos. Dentro de lo que podría llamarse la “teoría de la conspiración”, existen dos respuestas. Unos apuntan al petróleo, siguiendo el aserto común de que tras la política siempre se encuentran los intereses económicos que manipulan los acontecimientos que vemos. Es una visión vasta, que supone que la racionalidad económica puede conducir a la política. El mundo no es así. Si fuera por la pura ganancia económica medida en los ingresos petroleros, Bush y Hussein estarían negociando contra el reloj para llegar a un acuerdo. A ambos les iría mejor de esa manera. El petróleo está presente en la guerra actual, como lo está en todo nuestro orden social. Mas no es el hilo que nos pueda explicar las decisiones.

La otra explicación fácil es la del conflicto árabe-israelí. Como en el caso anterior, es evidente que existe una conexión. Ha sido un elemento propulsor de

⁵ *Economist*, 11 de octubre de 1930; pp 652. Citado en Kennedy, Paul. *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, Plaza & Janes Editores, 1993; pp 425-426.

los conflictos en la zona. Ha creado y sigue creando una cultura política que predispone al conflicto. Esta interpretación pone el acento en la influencia del *lobby* pro-israelí en Estados Unidos, el que manipularía los centros de decisión norteamericanos.

No puede desconocerse la fuerza política y emocional que ha ligado a Estados Unidos e Israel.

Es imposible desconocer la fuerza política y emocional que ha ligado a Estados Unidos e Israel, y la enorme hipoteca que ello ha significado en las relaciones entre Estados Unidos y los países árabes, especialmente entre sus amigos. Sin embargo, lo que distinguió a la capacidad creativa de Estados Unidos fue cuando supo desarrollar una política paralela hacia los países árabes, que tomara en cuenta sus intereses, y que no se guiara exclusivamente por la dirección de Israel. Más todavía, éste veía incrementada su seguridad por la relativa libertad de acción de Estados Unidos. Sin esta política, no hubieran sido posibles ni el Tratado de Camp David de 1979, ni los Acuerdos de Oslo de 1993.

Este último yace en ruina irrecuperable. El impulso general de la administración Bush dio la impresión de que deseaba que el equilibrio militar, donde Israel tiene superioridad, reajustara las cosas. En todo caso, una combinación de la situación violenta, la expansión colonizadora de Israel en el Margen Occidental y el triunfo de quienes desean *manu militari*,

una señal creemos equivocada de la Casa Blanca; y la incapacidad de Arafat en los noventa, de efectuar el tránsito entre ser el jefe de un grupo terrorista a ser jefe de Estado (lo que Menachem Begin realizó en otra época), se combinaron para crear una explosión permanente e impredecible.

EL CARÁCTER DE LA AMENAZA

Tanto el petróleo como el conflicto palestino-israelí son combustibles de la situación actual, y de todo el panorama regional. Sin embargo, no explican ni a Hussein ni las diversas políticas que con él ha ensayado Estados Unidos desde 1980 hasta ahora. Ciertamente, el régimen de Bagdad es una satrapía sanguinaria, que sigue no sólo la ruta del demagógico nacionalismo radical que se estrenó en 1958 con el asesinato de la familia real. Una combinación de modelo nazi y stalinista, que convive con la propiedad privada, con el sistema de clanes en perpetua disputa, alimentado por el antisionismo, y a la vez desafiado por el fundamentalismo islámico y las rivalidades étnico-religiosas, representa la tendencia hacia el Estado patrimonial que lo asimila con tantos otros países árabes e islámicos, entre ellos –en esta última característica– a muchos viejos aliados de Washington.

Lo que lo distingue es su radicalismo; su crueldad que no aminora, como fue en otros casos; la astucia pletórica de recursos, no extraña en los tiranos, junto con las irracionalidades internacionales de su comportamiento. En esto último, se

aproxima más a Hitler que a Stalin. El dictador soviético tenía una política predecible en cierto grado, más “racional” en el sentido de “calculable”. En Saddam, todo es posible, hasta la prudencia. Esto, a ojos de Washington, es lo que le da una peligrosidad mayor que la Corea de Kim Il Sung y su hijo Kim Jong Il.

En Saddam todo es posible, hasta la prudencia.

Quizás por esto sea posible desentrañar la política de Washington –pocas veces tan mal explicada por sus autores– de promover una guerra contra Irak. Después de la Guerra Fría, Estados Unidos considera que sus mayores enemigos son los Estados radicales, semidesarrollados, o que a costa de sacrificios de su población, pueden acumular herramientas de “poder duro” (armas, hombres endurecidos para el combate), y desafiar al orden civilizado. Los efectos de la propagación de armas de destrucción masiva, las nucleares en primer lugar, despiertan una tentación irresistible en estos Estados.

No sólo en ellos. Existen otros Estados provistos de armas nucleares, y que aunque no muestran una conducta irracional como desafío al orden internacional, o a parte de éste, sí pueden caer en un conflicto de resultados imponderables. La India, Pakistán, que forman un polo de conflicto. O el caso de Israel, potencia con armas nucleares para empleo *ultima ratio*, es decir, si la mera existencia del país está en peligro por la derrota en una sola batalla, algo posible dada sus condiciones

geopolíticas. Pero siempre, la tolerancia occidental ante Israel, como única potencia nuclear de la región, será una espina clavada en la conciencia del mundo árabe. El peligro reside en que un conflicto regional provoca la cadena de emociones que lleva irresistiblemente al empleo de esas armas, y a su extensión. El Tratado de No Proliferación, de 1969, dejaba oficialmente a las grandes potencias miembros permanentes del Consejo de Seguridad (Estados Unidos, la Unión Soviética, China, Francia y el Reino Unido) como únicos detentores legítimos de armas nucleares. Si se quiere, es un tratado “oligárquico”; al mismo tiempo es uno razonable, que parte del supuesto de que las grandes potencias, mantienen una actitud más conservadora ante el empleo de ellas.

No sería así el caso de Hussein. Ejerce un dominio abyecto en un país que claramente podría tener un gobierno mucho mejor, aunque difícilmente una democracia, al menos en un futuro próximo. Amenaza a los países de la región, aliados clave, económicos y políticos, de Estados Unidos. Es probable que el régimen irakí siempre esté al borde de poseer armas de destrucción masiva, aunque siempre hasta el momento la estrategia de contención, que incluía posible represalia militar, había dado resultados. Con todo, esencialmente la situación seguía siendo incierta. No se debe olvidar que Hussein es un poder temido y hasta odiado en el mundo árabe de la región del Golfo. Por otro lado, las simpatías panárabes hacen difícil la aceptación del tutelaje norteamericano, generalmente acompañado de un discurso político torpe y hasta peligroso para

sus propios aliados. La persistencia y agravamiento del conflicto palestino-israelí crean un escenario en el cual las políticas de Washington obligan a una crítica de rigor en el mundo árabe, y también crean un genuino rechazo.

Las simpatías panárabes hacen difícil aceptar el tutelaje norteamericano.

El 11 de septiembre de 2001 dio la oportunidad a quienes en Estados Unidos querían cortar el nudo gordiano, y dar un aviso perentorio de que se terminó la proliferación y la amenaza a sus intereses vitales en la región del Golfo. Tenía el apoyo sin mucha discusión de la mayoría de su opinión pública, y el apoyo internacional a la llamada “guerra contra el terrorismo”. En un acto voluntarioso con escasas pruebas, se identificó a Hussein y su sistema con el terrorismo tipo Al Qaeda, dos fenómenos básicamente diferentes, aunque vinculados, como todas las realidades de la política.

En el caso de Irak, Washington parece querer combatir al terrorismo mediante una guerra internacional entre Estados. Aunque es difícil aceptar que en Estados Unidos los líderes puedan creer que así se resuelve un fenómeno por esencia maleable como el terrorismo, el discurso público tiene su propia fuerza. Aunque la guerra finalice con un rotundo triunfo de los aliados, puede crear una coalición de sentimientos en el que el terrorismo surgirá como hidra de mil cabezas. Y esto no sólo en el mundo árabe.

EN EL REINO DE LA INCERTIDUMBRE

Hay quienes critican a Estados Unidos, porque ha sido el lenguaje más “políticamente correcto” en la segunda mitad del siglo XX; otros lo hacen por la necesidad imprescindible de evaluar el carácter de sus políticas. Unos terceros temen que Estados Unidos se desgaste en frentes secundarios, que esté matando moscas con escopeta. Se podrían hacer analogías históricas, con la Alemania Guillermina, por ejemplo, entre 1890 y 1914, cuando la prepotencia –y no la agresividad– llevaron al aislamiento alemán, a la sensación de estar enclaustrada y a la guerra desastrosa. Algún día se creará otro equilibrio diferente del actual. En cambio, la desaparición súbita del liderazgo norteamericano traería consecuencias terribles para nosotros y, finalmente, para los mismos Estados Unidos.

La guerra como instrumento de la política cayó en una profunda ilegitimidad a partir de la Primera Guerra Mundial. Siempre antes considerada una desgracia, pero soportada como algo inevitable, se la colocaba en el horizonte de la acción heroica y de la defensa de “los nuestros”. El siglo XX desenmascaró esta realidad. Paradoja, no ha sido un siglo pacífico, y nada indica la próxima era de paz universal. En cambio, el uso de las armas, al ser despojado de su horizonte de modelo, ha caído en la utilización nihilista. El empleo de una retórica de autoconvencimiento le ha dado una apariencia y, quizás, un contenido gratuito a la guerra actual, que coloca un sello de incertidumbre hacia el futuro, cualquiera

que sea el resultado. En muchos lugares, la masas vitorean a quien ha representado el empleo más descarnado de la vio-

lencia en las últimas décadas del siglo. Su desaparición puede ser el único fruto positivo de esta pugna.